



BOLETIN

DE LA ASOCIACION

LA SALLE

Lo que Dios manda creer,

bien puede publicarse.

Luis Veuillot.

PANAMÁ

No. 22 FEBRERO 1917.

IMPRENTA "LA UNION."

“Asociación LA SALLE”

REVISTA MENSUAL

Director: JUSTO CARRASQUILLA M.

Administrador: DANIEL NOTA

Los trabajos de esta Sociedad tienden:

1º A estrechar los vínculos de unión destinados a conservar las ideas y prácticas religiosas adquiridas en el Colegio.

2º A esforzarse para que a la Religión se le dispensen la atención y respeto que ella merece.

3º A propender al adelanto intelectual y moral de los socios.

4º A promover los conatos de protección mutua.

El Boletín de la

“Asociación LA SALLE”

se vende en el Centro de la Sociedad.

Valor del ejemplar..... \$ 0,20

Suscripción al año..... 2,00

Toda correspondencia relativa al Boletín debe dirigirse al Secretario de la Asociación “La Salle.” Apartado 554.

LA LECTURA.

Recurso inapreciable para el hombre en la faena constante de la vida es indudablemente la buena lectura; ella es seguro lenitivo de las aflicciones, rejuvenece y conforta el espíritu y encamina a Dios; es ilustre compañera del solitario y manantial de regeneración y de consuelo; proporciona la contrición al réprobo, y para el hombre agobiado por la nostalgia o la miseria es un bálsamo en sus cuitas.

En las diversas operaciones que requiere la existencia alimenta a la inteligencia con instrucciones y consejos que facilitan la ejecución de las primeras; instruye en los sucesos de la humanidad y pone a nuestro alcance la experiencia secular difícilmente acumulada por las generaciones presentes y por las que ya desaparecieron.

Pero si la sana lectura es todo cuanto hemos dicho, la mala es carcoma del corazón, abono de pasiones torcidas o germen de ótras antes ignoradas; turba la imaginación y produce groseras fantasías; esparce por contagio el crimen y el vicio y corrompe las conciencias.

Las compañías llegan a familiarizarnos con las virtudes y errores de los demás y a hacer natural en nosotros lo que antes nos repugnaba o reprobábamos; así de los libros y periódicos, que son otros tantos compañeros. Por eso, si no carece de fundamento la vulgar expresión: «díme con quién andas, y te diré quién eres,» con igual propiedad podríamos manifestarnos considerando la lectura: si nos dices cuáles son tus autores favoritos, ya tendremos para conocer tus aptitudes y propensiones.

Según esto, los libros y periódicos han de escogerse como se escoge un confidente.

Cuando uno lee se propone distraerse, deleitarse o instruirse. Ahora bien, lo primero no se consigue con las lecturas licenciosas porque la distracción ilícita, si la hay, más bien puede llamarse corrupción y antes exalta que distrae; en cuanto a lo segundo, podrá satisfa-

cer torpes pasiones; pero no produce el verdadero deleite, término adonde no se llega sino por la contemplación de la belleza, que no se amalgaма con la malicia ni se halla donde no haya un fondo de certeza; tampoco lo tercero se realiza porque tan sólo la verdad conduce a la ciencia, y aquélla es dama noble cuyo mérito se lesiona si va envuelta en ropajes contrarios al decoro.

Otro propósito puede inducir a leer una obra: refutar los errores que contenga. Esta es tarea que no corresponde sino a las personas muy bien preparadas, y la mayor parte de los lectores no se halla en tales condiciones, ni está en capacidad de encontrar el veneno, mucho menos de combatirlo, ni de pesar un argumento presentado con apariencias de verdad o al parecer irrefutable, ni de rebatir los frecuentes sofismas encerrados en frases ampulosas y sonoras, sobre todo si el autor ha llegado a adquirir cierto tono, siquiera momentáneo, como ocurre frecuentemente con los que introducen novedades, ni de digerir tanto brebaje que se oculta en los escritos.

Y sin embargo, no pocos afirman que todo debe leerse, y lo hacen con tanta soltura y aplomo como si sentaran una verdad inconcusa. Son generalmente aquéllos para quienes la ciencia no tiene otros ba-luartes que el infolio obscuro; para quienes el entendimiento es un erial que no produce sino abrojos; la lectura seria es pesada para ellos o les inspira tedio y desprecio; se ríen de las lucubraciones del sabio, sin entenderlas, o las pasan maliciosamente inadvertidas cuando no las impugnan sin conocerlas; lo fácil es su deleite; pero no son capaces de estudiar y conocer un autor sensato.

«Todo debe leerse»—es expresión que sólo sirve para justificar inclinaciones perniciosas propias de los espíritus superficiales, y que vale algo más que aconsejar que toda sustancia debe llevarse al paladar, inclusive los venenos más violentos; porque si éstos matan el cuerpo, las malas lecturas corrompen las almas. Así como la prueba de los últimos corresponde al laboratorio del facultativo, corresponde al sabio el examen de las obras peligrosas.

Y los escritos que muestran claramente su veneno no son seguramente los más perjudiciales. Lo son, con mucho, los que de mil maneras disfrazan la ponzoña, entre los que puede contarse la generalidad de las novelas.

Salvo algunas que llevan el fin expreso de corregir y formar el corazón, y que más bien se llamarían obras morales, las novelas son fuente de charlatanería y malas costumbres, de inmoralidad y exaltación, porque para suplir el interés que despierta la realidad necesitan valerse de las exageraciones más descaradas y de las ficciones más extravagantes, con el lenguaje adecuado para la sorpresa consiguiente.

El que lee novelas y producciones de esa índole puede considerar que pierde el tiempo y algo más, porque aprende cosas falsas y perjudiciales que pierden el corazón.

Pero ¿cómo arreglarse el común de las gentes para saber cuáles son las obras benéficas y cuáles las que pueden serle dañosas?—La Iglesia, que cuenta con los hombres más diestros y avanzados en todas las ciencias, con sabios capaces de conocer lo que conviene y lo que perjudica, ha autorizado las que pueden ser útiles, en todos los campos del saber, y señalado las más peligrosas en el *Índice*: tarea desinteresada en que la Iglesia de Dios, en su afán de encaminar las almas por el buen sendero, pone también su solícita protección maternal.

Tántos escritos hay morales e instructivos a la vez, que difícilmente habrá hombre capaz de leerlos todos; pero aun cuando los leyera, mucho ganaría con repetir su estudio antes que ocuparse en el de libros y periódicos, por desgracia numerosos, que se llevan girones de dignidad y de virtud.

DISCURSO

*pronunciado por el socio honorario doctor Salomón, Pon-
ce Aguilera en la sesión íntima de la "Asociación La
Salle" el día 1º de Enero próximo pasado.*

Señores:

Cuando en medio de la lucha constante que tenemos que afrontar todos los hijos de este país, hijo a su vez de la Iglesia Católica, como miembro de la familia hispano-americana, llegamos unos momentos no sólo a presenciar sino a participar honrosamente de estos ágapes del alma cristiana, confieso que un valor desconocido retempla mi espíritu en esta obra gloriosa de protesta de amor a Jesucristo Señor Nuestro, y que un aliento inefable se infunde en mi corazón y me da alientos para vencer como otro David al enemigo que se opone a nuestros santos propósitos.

Pero hay que invocar la gracia de Dios para afrontar la lucha; tenemos que implorar las intercesiones celestiales de la Madre de Dios que es nuestra Madre y bajo el amparo y protección de vuestro Santo titular que os tiene aquí asociados en una obra de trascendental empeño, preparar las acometidas que debemos dar todos los católicos cuando las de la impiedad hacen temer los cataclismos pavorosos.

Y qué cataclismo puede haber comparable al del alma que se estrella cual náutico en los bajos y sirtes de la vida?

La vida es un mar y nuestras almas algo como los navíos que la surcan en todas direcciones para llegar algunas a su destino, mientras otras ay! van a estrellarse en los bajos con todo el impulso de formidables corrientes.

Eso lo saben todos los hombres, mas cuando la gracia de Dios no impulsa las velas de nuestra nave, que es la vida, el fracaso del naufragio es la resultante lógica de todo empeño temerario.

Y por esa misma consideración nacida de una reflexión profundamente cristiana, nuestra alma se estremece de angustia ante las perspectivas dolorosas de una sociedad que quiere imponerse el naufragio como SPORTS de la vida y acaso la muerte como ensayo de exploraciones en la eternidad de Dios mismo.

A esos movimientos irreflexivos que bien pudieran llamarse conatos de suicidio espantoso, se opone una corriente poderosa que Dios impulsa con amor soberano, y esa es la Iglesia Católica con su jefe que es Pedro el Romano Pontífice, corriente de la cual se derivan infinitos movimientos de acciones buenas y santas, y una de ellas-voy a decirlo en vuestro honor y con satisfacción de parte mía-es esta Asociación fundada por un preclaro hijo de la LA SALLE, y a la cual le ha tocado con legítimo orgullo llevar adelante iniciaciones salvadoras de la sociedad civil.

¿Cuáles son los fines o propósitos de esta Sociedad? Todo el mundo lo sabe, es verdad, pero acaso sea necesario repetirlos porque la tenacidad del propósito es lo que hace fecundo el germen que lleva en sí mismo

La sociedad LA SALLE es una agrupación de jóvenes católicos que tiene por guías a sabios consejeros aquí abajo y uno celestial que es su Patrono, que también está aquí inspirando santas conquistas del pensamiento católico y expansiones no menos levantadas en las resoluciones de los héroes cristianos.

No os asombréis de esa palabra que he pronunciado con toda la intención de un ardimiento inspirador de grandes resoluciones, porque la he dicho para que ella también dé bríos a mis conceptos y selle con el timbre de una fraternidad bien entendida.

Aquí, sí, aquí está la fraternidad que Dios quiere en los hombres, no en los conciliábulos secretos donde se socavan todos los elementos del orden moral y civil. Aquí, a la sombra protectora del admirable educador Juan Bautista de La Salle está un soplo divino que alienta vuestras fuerzas y las de la sociedad en que vivís; aquí la reflexión y el entusiasmo se alientan mutuamente y triunfan todos los días porque el temor de Dios es el mejor escudo para las almas que combaten.

Desde vuestra iniciación ganasteis la primera batalla que fué la perseverancia, y por eso mismo no sería aventurado deciros que vuestra acometividad tiene el beneplácito de vuestro celestial Patrono y que tenéis, por lo mismo, asegurada la victoria.

Tenéis unos Estatutos que son, como si dijéramos, una constitución sabia y prudente para dirigiros en todos vuestros actos, y la propaganda benéfica que a la luz meridiana, como se hacen las cosas buenas, viene dando frutos de consoladora reacción social, son, permitidme que os lo diga, porque así lo creo sinceramente, la lluvia en que se han transformado vuestros propósitos y que Dios devuelve en forma de avances generosos para alentar a esta sociedad civil que desfallece.

Pero las obras de Dios no perecen por querer de los hombres: ellas viven con el soplo de lo divino que las esparce por el mundo fecundizando y dando vida a todo lo que Él cree necesario, teniendo por base de su acción nuestra alma con todas sus actividades prodigiosas. De ahí el fundamento de toda filosofía racional, que no es otra cosa que el querer del hombre ajustado a la voluntad de Dios.

Y esa manera de cumplir vosotros el apostolado que os habéis impuesto merece escribirse en una página gloriosa de vuestra historia que diga a otras generaciones cómo supisteis luchar en los tiempos en que los principios religiosos fueron objeto de mofa para la ignorancia audaz que todo cree tenerlo cuando más desvalijada se encuentra de ideas meritorias y de propósitos buenos.

Ojalá por alguno de esos prodigios admirables que Dios permite para bien de los hombres las conferencias sabiamente establecidas y que ya han dictado autorizadas personas de sus miembros honorarios y de la Santa Compañía de Jesús sigan produciendo los inapreciables beneficios que la sociedad en que vivimos tiene derecho a esperar. Su intención es buena desde que está pronta a escuchar las enseñanzas que de aquí han de brotar en sucesión constante de reacciones eficientes.

Por lo que a nosotros toca procuraremos con la gracia de Dios comprobar una vez más que somos aquí los granos de semilla que no han caído ni entre abrojos ni en tierra infecunda. Si somos gérmenes todavía de las ideas santas que perseguimos, no importa la pequeñez en que nos movamos. Dios está con vosotros y su divino aliento será todo lo

necesario, es decir, hasta abrigarnos a todos bajo su sombra benéfica, donde podamos cantar como los primitivos cristianos el SURSUM de esperanzas que fortalecen y de triunfos que glorifican.

Influencia del Cristianismo en la Literatura Española.

(Continuación.)

Tarea ardua sería la de continuar examinando durante el curso de los tiempos, la labor literaria llevada a cabo gracias al influjo del Cristianismo y por otra parte me excusa de entrar en tal examen lo palpable de los beneficios que ha aportado la Religión cristiana a la literatura española, inspirando ya directa, ya indirectamente, a innumerables autores. Débese a esas inspiraciones, valga un ejemplo, el mejor poema épico de la literatura española, La Cristiada, del que fué autor Fray Diego de Hojeda, y del cual dice Menéndez y Pelayo que «es sin disputa el mejor compuesto de nuestros poemas, el más racional en su traza y distribución de partes, el que penetra en esferas más altas de sentimiento poético, el más lleno de vida y penetrante efusión que, en ciertos pasajes, como el cuadro de los azotes, es capaz de arrancar lágrimas al lector menos pío.» Yo, por mi parte, no puedo resistirme a citar la descripción del eclipse de sol, pedazo de poesía, según el sentir de D. Eugenio de Ochoa, no aventajado por ninguno otro y capaz de «ir a la par con cualquiera de las ideas sublimes que se admiran en Homero, Dante, Miguel Ángel, Milton, y los demás poetas y pintores de su fuerza.»

«Estaba el sol entonces coronado
De largas puntas de diamantes finos,
y, en medio de su curso levantado,
los montes abrasaba palestinos.
Miguel, viendo a su Dios crucificado,
desnudo ante los bárbaros indios,
con hidalga vergüenza y noble celo
bajó del cielo empíreo al cuarto cielo:

Y a los fuertes caballos rutilantes
que echaban fuego por las bocas de oro,
las ruedas volteando coruscantes
que dan al mundo nuevo gran tesoro;
los encendidos frenos radiantes,
sin guardar al planeta más decoro,
así con la una mano valerosa,
y con otra la máquina espantosa.

Y el carro así parado, alzó los ojos
al sol, que con mil ojos le miraba,
y fulminando por la vista enojos,
el fin de sus intentos aguardaba:
abriendo, pues, Miguel sus labios rojos,
con voz le dijo resonante y brava,
increpando al planeta excelsamente,
porque daba su luz resplandeciente.

«¿Es posible, inmortal, noble criatura,
que miras a tu Dios en cruz desnudo,
y ofreces luz a aquella gente dura
que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?
Cubre tu clara faz de noche oscura,
con razón fiero y con verdad sañudo,
desate el mundo así sus gruesas nieblas,
y a su Criador conozca en sus tinieblas.»

Dijo, y el sol avergonzado luego,
sus rayos en sí propio recogidos,
negó su bella lumbre al mundo ciego
por dejar a los hombres confundidos:
espantóse el romano, admiró al griego,
ambos en esta ciencia esclarecidos,
ver un eclipse tal, y el crudo hebreo
se quedó pertinaz en su deseo.»

Precisa también considerar la obra realizada por el Cristianismo en esa otra importantísima faz de la literatura: el teatro. Que su iniciación se debe exclusivamente a la Iglesia, es una verdad irrefutable.

Refiérennos los historiadores de la literatura española, entre ellos Ángel Salcedo y Ruiz, que en España, según toda apariencia, gracias a los benedictinos franceses, se introdujo de su vecina del Norte la costumbre reinante en ella de representar los misterios o autos, con el fin de inculcar mejor en los fieles católicos los principales acontecimientos de la historia sagrada, o los dogmas religiosos, actos que se efectuaban en las grandes solemnidades, v. gr. en la fiesta de Navidad. Partía de determinado sitio, ordinariamente de la casa consistorial, la comitiva que acompañaba a los reyes magos y que se dirigía a la iglesia para tributarle adoración y ofrecerle sus presentes al Niño Jesús quien yacía reclinado en el portal hecho al efecto. Pero aconteció que el elemento profano, representado por los pastores, en vez de limitarse a la adoración del Niño como anteriormente lo hacía se dedicó también a entretener al pueblo con chistes y gracejos, las más de las veces irreverentes, razón por la cual hubo de proscribirsele del sagrado recinto y señalarle como escenario el atrio de la Iglesia. No tardaron en salir los autos de tales términos gracias a Juan del Encina quien los hizo representar en la residencia del Duque de Alba, Dn. Fadrique de Toledo, protector suyo. En ese mismo lugar representó sus producciones: El Nacimiento de Jesús, La pasión y muerte y la Resurrección además de otras de carácter profano.

Otros autores surgieron después de Juan del Encina como Gil Vicente, Bartolomé de Torres Naharro, Lope de Rueda y Cervantes, quienes laboraron con empeño hasta llevar al teatro al desarrollo en que lo encontraron los genios de Lope de Vega, Calderón y Tirso de Molina. Los tres profundamente cristianos, de un cristianismo que los lleva al sacerdocio; autor el primero de más de cuarenta autos sacramentales, de más de ochenta el segundo y de innumerables el tercero. Pero no es sólo en los autos donde resplandece su espíritu religioso; también se ostenta en sus obras dramáticas: en todas ellas hay mujeres que oran u hombres capaces de contestar cual lo hace Dn. Fernando al Rey en el Príncipe Constante:

Rey:—Hoy Ceuta está en tu poder;
Si cautivo te confiesas,

Si me confiesas por dueño,
¿por qué no me das a Ceuta?

Dn. Fernando:—Porque es de Dios y no es mía.

Si Tirso de Molina y Calderón y Lope de Vega no hubiesen retratado en sus obras a aquellas mujeres o a hombres de la talla de éste no habrían merecido el alto puesto en que están colocados, pues no habrían retratado a los españoles de su tiempo.

TOMÁS GUARDIA G. (A. L. S.)

(Continuará).

La Casa Paterna.

Oculto allá entre verdes árboles se alcanza a ver una casita, que apenas deja traslucir la blancura de su techo.

Está rodeada de palmeras que se balancean suavemente, mecidas por la brisa; cerca de ella salta una cascada cuyas aguas heridas por el sol, semejan un brillante espejo, y luego huyen serpenteando por el césped; a la entrada, frondosos árboles brindan sazonados frutos; las flores entreabren sus sonrosados pétalos y exhalan sus aromas; el cielo azul se muestra en toda su belleza; entre las ramas los pájaros entonan alegres su saludo al nuevo día cuando aparece su brillante disco en el levante.

Ese pedazo de tierra, donde parece que Dios ha derramado todas sus bendiciones, es la casa paterna.

En ella transcurren las horas más felices de la vida, las escenas más gratas de la infancia.

Es un rincón sagrado, trasunto del paraíso, donde todo es virtud, alegría y amor.

Bajo ese humilde techo de nuestro querido hogar, balbucimos por vez primera las dulces palabras con que llamamos a nuestros padres; allí sentimos las primeras impresiones y recibimos las más tiernas caricias de nuestras amantes madres; caricias verdaderas, sanos consejos, palabras dulces, y los besos más puros y amores se depositan en nuestras cándidas frentes.

El hogar es el recinto de los recuerdos más sanos de la existencia, es único en la vida.

¿A quién no le desgarran el corazón el tener que dejar ese lugar querido?

¿Quién no siente la más honda tristeza al perder de vista el techo paterno?

Todos nos entristecemos al dejarlo, pero nos alienta la esperanza de volver a él algún día.

¡Qué alegría experimentamos al divisar de nuevo el blanco techo del hogar, rodeado de palmeras que dan con su follaje sombra delicada a la paterna casa!

Pero al mismo tiempo ¡qué tristeza si al estrechar contra nuestro corazón a nuestros queridos padres vemos en ellos nieves y arrugas; si algún pariente ha dejado de existir; si ha cambiado la casa paterna, el dulce asilo de la paz, santuario de nuestros amores!

ANTONIA

(Agente del Boletín.)

APUNTES SOBRE IGUALDAD.

Al Reverendo Doctor Mario Valenzuela, S. J.

Esta cuestión de la "igualdad", que aparece consignada como principio en la célebre "Declaración de los Derechos del Hombre" que —dicho sea de paso, contiene a la vez normas en armonía con la ley natural y ótras abiertamente contrarias a ella— se presta a muchos comentarios, debido, en parte, a que muchas veces se ha querido dar elasticidad a puntos que tienen una órbita determinada. Porque no son los principios, como algunos pretenden—tal vez no en el orden especulativo que poco les interesa, pero sí en el práctico—a manera de arcos que se estiran y se encogen al arbitrio de los más "DESPIERTOS".

Pues bien: este principio de la igualdad es uno de esos de que se ha abusado en múltiples circunstancias. Y a pesar de que las consecuencias de los ensayos que a su sombra se han practicado han sido siempre desastrosas por muchos conceptos, hay todavía quienes se aferran a exagerarlo, desechando aquella sabia máxima de los romanos: "in medio virtus"

Cierto es que los hombres son iguales entre sí: así lo enseñó el Redentor del mundo, y por eso les impuso que se amaran recíprocamente. Así lo enseña también la Filosofía, que se eleva al conocimiento de las esencias y potencias de las distintas, diferentes y diversas entidades por sus respectivas operaciones. Y siendo así que las manifestaciones de la actividad humana no difieren esencialmente, es forzoso concluir que son idénticas las facultades de todos los hombres, y que éstos, por consiguiente, son de una misma naturaleza.

Pero al lado de esa igualdad específica, hay entre los hombres desigualdades que proceden también de la naturaleza. Y, desde luego, repugna al entendimiento toda mutación en el orden preestablecido por la ley natural que es inmutable, como que no es sino participación de la ley eterna.

Son varias las doctrinas que—interpretando erróneamente el principio de que nos venimos ocupando—se han defendido con inusitado frenesí, digno de mejores causas. Examinemos una entre tantas.

Todos los hombres—se dice—tienen idénticos títulos para ejercer los cargos públicos. En consecuencia, no debe negarse a NADIE ese "DERECHO."

Pero tal regla es insostenible desde todo punto de vista.

En efecto: a la manera que cada hombre no es un mero agregado de células, el Estado no es simplemente un conjunto de individuos: entre éstos, como entre las células, hay vínculos indestructibles que hacen de aquél un verdadero organismo en el cual se han de cumplir ciertas y determinadas funciones para que pueda conservarse. Si éstas se trastornan, consecuentemente ocurre lo mismo al Estado, como es obvio; y si se ponen medios para interrumpirlas, sea directa o indirectamente, sobreviene la parálisis y la muerte.—Pero, ¿cómo puede presentarse ese fenómeno? Nos parece que las principales causas las constituyen la insuficiencia o incapacidad de los órganos, que son los encargados de imprimir el movimiento adecuado al fin que se anhela alcanzar. Y tratándose del Estado, el fin es el bien común, y los órganos son los individuos que ejercen los cargos públicos, y que deben llenar, necesariamente, estos requisitos: ciencia indiscutible, que puede ser mayor o menor, según la importancia

del cargo de que se trate, y moralidad a toda prueba. Por eso el Estado, al repartir los cargos, procede de acuerdo con las leyes de la justicia distributiva. Y es oportuno advertir aquí que los ciudadanos, en el ejercicio de tales atribuciones, no hacen sino desempeñar una FUNCIÓN CONSTITUCIONAL, que les DELEGA el Estado por no poderla cumplir directamente, ya que no es una persona FÍSICA. No es, pues, un "*derecho*" que tiene el individuo y que le reconoce el Estado: es sólo una COMISIÓN que esta alta entidad jurídica le confía para que obre DENTRO DE LOS LÍMITES que le señala. Y es evidente que—como se deja más que insinuado—una comisión no se pone sino en manos de aquellos que se presume tienen voluntad de desempeñarla fielmente y que por otra parte, reúnen la debida idoneidad.

Con todo, supóngase que es realmente un "*derecho*" el de que se trata. En tal hipótesis, su ejercicio sería ilusorio para la mayoría de los súbditos del Estado, y ello debido a circunstancias nacidas DIRECTA y ESENCIALMENTE de la ley natural, en cuya virtud existe y perdura la sociedad. Porque salta a la vista que es físicamente imposible que todos ejerzan los cargos del Estado.—Pero en este caso, tendríamos que la ley natural CREABA "DERECHOS" para que no surtieran efecto alguno; es decir, derechos puramente ilusorios. Y esto debe rechazarse, porque de lo contrario llegaríamos a esta conclusión, absolutamente repugnante: que esa ley era defectuosa.

A pesar de todo, convengamos por de pronto que no se establezca distinción entre los individuos para admitirlos a los empleos que paga el Estado. En ese caso, los ignorantes y los hombres de ciencia, los de costumbres morigeradas y los que se entregan a la molicie y a la corrupción, estarían en un mismo nivel. Y para concretar un poco el punto controvertido, supongamos que se designan para ejercer las atribuciones del Poder Judicial esas personas incapaces. ¿Qué sucedería entonces?—La respuesta no es ni dudosa: ese Poder, que por su misma índole debe ser el guardián de los derechos individuales, no haría sino menoscabarlos y conculcarlos. Porque si el juez es ignorante, se convierte en juguete de los rúbulas más "AVISADOS:" firma lo que ellos le "*soplan*", y punto concluido; o bien, hace de su elevado ministerio un mercado suigéneris: el de vender sentencias al que más le ofrezca. Y entonces los ciudadanos, viendo que se burlan sus derechos y que se les despoja de lo que han adquirido a costa de sus sudores, se harán justicia por su mano; y así, pronto imperará la "libertad del garrote, del puñal, etc. y otras mil "*tindetas*." No habría en la sociedad gobierno, sino desgobierno: la diosa Anarquía se elevará al trono, trayendo consigo por cortejo al Rencor odioso, a la Destrucción, a la Muerte.... Y evidentísimo es que resultados como éste son de los más horribles que pueden acaecerle a una Nación. Y aunque la anarquía no logre perpetuarse, porque la autoridad—aún tiránica—se hace indispensable, sucede a un mal otro no menos funesto. Porque entre los millares que pretenden mandar a los otros, se presenta a la postre uno más audaz que todos, y se hace dueño del poder por medio de la violencia, y se tiene ya el despotismo.—Monseñor Rafael María Carrasquilla, cuya autoridad es bien notoria, dice a este respecto: "Cuando se prescinde del derecho, viene el *despotismo*; cuando se olvida el deber, sobreviene la *anarquía*; dos vicios contrarios, opuestos ambos a la recta razón. "(Lecciones de Metafísica y Ética, página 284).—Y ésto puede hasta ser causa de la pérdida de la soberanía, porque si la confusión llega a tal punto que perjudique en sus intereses legítimos a los Estados limítrofes, es evidente que éstos tienen títulos a la reparación. Y como no hay autoridad que la

garantice, pueden procurársela imponiendo su dominio sobre los que ni pueden gobernarse ni ofrecer la seguridad a que tienen derecho sus vecinos, derecho que prevalece sobre el que tiene a su independencia la Nación minada por el desorden, en virtud de las leyes de la colisión.

Frutos análogos—y aún quizá peores—a los que se derivan del Poder Judicial cuando las funciones de éste se ejercen por personas indignas, se obtendrían también si las de los otros Poderes se encomendaran a entes de la misma laya. Porque si los miembros del Cuerpo Legislativo, lejos de considerar la alta misión para que se les ha designado—cual es la de expedir las leyes necesarias a la felicidad y progreso de la Nación—se guían por otros móviles, tales como sus propios intereses y sus pasiones, no producirán sino gérmenes de descontento, de discordia, de ruina. las leyes serán tales sólo por su forma exterior y por el nombre. la sinrazón las informará, que no la razón. y, ¿qué puede brindar una obra humana en la que no se note siquiera un rastro de la más excelente de las potencias, la que distingue al hombre de los brutos?

Y si pasamos al otro Poder, al que ejecuta las leyes, no será menor el desencanto que se apodere del espíritu al contemplar las desgracias que lloverían sobre el terruño amado si sus asuntos los manejaran personas sin honor y sin conciencia, que todo lo olvidan por sus ambiciones, por caprichos, por rastreras venganzas y en síntesis por sus desordenados apetitos. . . . Porque debe tenerse en cuenta que en el ejercicio de este Poder se pueden cometer los mayores excesos aún con visos de legalidad.—No es lo último un despropósito, como quizá piensen algunos pocos. La razón es clara: el legislador, por lo limitado de su entendimiento, no puede prever todos los casos concretos que pueden presentarse para establecer las reglas a ellos referentes; y, aún en la hipótesis de que sí los abarcara, no podría incluirlos en la ley, porque ésta resultaría caótica, lo que es contrario a la claridad que debe ser uno de sus distintivos. Siendo esto así, el Poder Ejecutivo, al aplicar la ley a los casos particulares, ha de recurrir forzosamente a interpretaciones en muchos casos, y éstas pueden ser antojadizas y arbitrarias.

Consideremos aún el problema por otra de sus facetas.

Entre los súbditos de un Estado figuran no sólo aquellos a quienes, merced a sus méritos, se otorgan las garantías más completas, sino muchos que pierden las que sólo son compatibles con el goce de la ciudadanía. Entre los últimos, enumeraremos algunos, e iremos analizando, a la antorcha de la razón, si tienen o no los títulos indispensables para que se fíe de ellos el Estado.

En primer lugar, tenemos a lo que han sido condenados a sufrir pena aflictiva; es decir, una pena corporal que aflige el espíritu, debido la comisión de graves delitos, entre los cuales se cuentan los que se califican de atroces. A esos individuos se les encierra en una cárcel, por más o menos largo tiempo, para que así se repare el orden por ellos violado. ¿Acaso sería razonable que a tales sujetos se les sacara de ese lugar de expiación para que fueran, por ejemplo, a votar el día de las elecciones? Es evidente que no: eso sería equipararlos a los que tienen el carácter de ciudadanos. Además, esos individuos han demostrado de manera palmaria que el bien general es nada para ellos cuando se opone a la satisfacción de sus bajos apetitos. Por consiguiente, la sociedad no podría esperar de ellos sino el mal.

Vienen luego los que han sido destituidos del ejercicio de funciones públicas, mediante un juicio de responsabilidad. Es sabido que tales juicios se adelantan contra el individuo que ha desempeñado mal un cargo que el Estado le confió. ¿Qué se diría si, después de esa infidelidad,

el Estado depositara aún su confianza en el enjuiciado y condenado? ¿no cabría decir cosa parecida a la que se diría de un comerciante que man-tuviera en su empleo a un dependiente que le hubiera robado? Pues bien: del mismo modo que el comerciante despidió al que tan mal le correspon-de, el Estado debe impedir que administren sus negocios los que una vez han burlado su confianza.

El fin, creemos poder afirmar que el Estado es como una nave. Si ésta se entrega a hombres que nunca se han embarcado, y a piloto que nada entiende de náutica, y que ni aún conoce la brújula; ¿acaso no debe juzgarse de antemano que será conducida fatal e inevitablemente al más horroroso de los abismos? Pues eso mismo le ocurre al Estado cuyas riendas se entregan a hombres que no tienen conciencia de lo que van a manejar, o que no se proponen el bien de la comunidad, sino alcanzar prebendas para ellos y para sus satélites.

De todo lo expuesto, se llega al convencimiento de que la igualdad exagerada no sólo es contraria a la razón, sino que produce los resulta-dos más abominables y odiosos que imaginarse pueden. Por eso el buen ciudadano, el que sabe amar la Patria, debe combatir esa exageración siempre que se pretenda entronizarla por los que nada tienen que temer y sí mucho que esperar del imperio de la anarquía, generadora del despotismo, según hemos demostrado.

Bogotá, diciembre de 1916

R. ALFONSO LASSO C. (A L S.)

CONFERENCIA

*desarrollada por el socio honorario Dr. José de la Cruz
Herrera, el día 12 de Agosto, en el salón de actos de la
"Asociación La Salle."*

(Conclusión.)

¡Qué lógica! habréis pensado vosotros, y en vano habréis buscado manera de conciliar esta inducción con el principio fundamental de los positivistas antes mencionado: que los datos de la experiencia sensible son el supremo criterio del conocimiento; porque ¿los datos arrojados por esos huesos sumistran acaso elementos de experimentación para conclusión tan extraña?

Pero si este argumento ad hominem es de incontrastable fuerza, no lo es menos aquel otro verdaderamente positivo con que se sepultó para siempre la presunción: el caso es que dichos restos se encontraron en estratas diluvianas; luego es absurdo que tales huesos pudieran per-tener al eslabón pedido, al antepasado del hombre, puesto que ya en las estratas diluvianas, en la época cuaternaria, existía el homo sapiens, como la geología lo atestigua y lo confirma la historia.

Este último argumento es válido también para el hombre de Nean-derthal, sobre el cual se han hecho igualmente comparaciones con crá-neos del día, así que la conclusión es, como dice Muckermann, que no hay ni aun la huella de un argumento probable en favor del origen ani-mal del hombre.

Mi objeto es, señores, disecar, digámoslo así, la lógica evolucion-ista, que es la misma lógica positivista y por eso debo detenerme un poco más.

Presupuesta la variación de las especies era indispensable la existencia de un número enorme de variedades intermedias que sirvieran de transición entre las especies anteriores y las actuales. Así lo reconoce Darwin expresamente. Pero la historia del globo terráqueo, la geología, no comprueba esta suposición. Como era natural, los sabios que se oponían a las teorías darwinistas arguyeron con razón tan evidente, que es ni más ni menos que la aplicación del principio fundamental del método positivista; pero entonces creyó Darwin que podía hacer una excepción de éste para echarse a vagar por la región de la fantasía y de las gratuitas suposiciones, y contesta que aunque las capas estratificadas parecen de formación continua y paulatina, *pudieron sobreponerse* súbitamente con interrupción de muchos siglos durante los cuales *pudieron existir* los tipos de transición; por donde se ve, señores, cuán débil es esta doctrina que tiene que apoyarse en suposiciones no comprobadas experimentalmente, a pesar de los principios fundamentales.

Una ciencia que pretende destruir la filosofía cristiana so pretexto de faltarle la base positiva, porque en sus investigaciones no se apoya tan sólo en lo que se puede ver y tocar, aunque sostenga que todo proceso racional, y el conocimiento mismo de Dios se engendra y surge primariamente por impresiones de los sentidos, no tiene el menor derecho de apoyarse en los dictados de la imaginación, como son las explicaciones que acabamos de ver, para deducir conclusiones de tanto momento, no digo de tanto momento, pero ni aun las más insignificantes. No se encuentra en todas las obras de Aristóteles, Santo Tomás y los filósofos y teólogos de todas las épocas un argumento semejante a este argumento tan asombrosamente *positivo*.

Y no se crea que la anterior es una contestación aislada y sin consecuencia: ya Quetrefages había notado el método del naturalista inglés como profundamente vicioso. De este modo, contemplando la posibilidad de que el hombre descienda de un prototipo primitivo después de transformaciones sin cuento, concluyen también que todos descendemos de ese prototipo; y con este procedimiento tan poco filosófico, tan caprichoso y tan poco positivo, colocan todo nuestro sér moral en el mismo mundo y en la misma naturaleza que los brutos, puesto que según la ética que de tales delirios se deriva, nuestros sentimientos y nuestras ideas morales son los mismos sentimientos y las mismas ideas morales de los irracionales, con la única diferencia de haber evolucionado.

Nos cuenta Darwin que una de las principales causas transformadoras es la selección natural, que consiste en la supervivencia y transmisión hereditaria de las cualidades de los organismos, que presentan alguna ventaja para la lucha por la existencia. Pero—y esta es objeción absolutamente insospechable, puesto que parte nada menos que de Wallace, cofundador del darwinismo, aunque de espíritu mucho más científico que aquél,—Wallace replicó con sobra de razón que esa ley es objetable si se observa la pérdida de los vellos del mono en el hombre, inexplicable por la selección natural, puesto que los vellos son una evidente ventaja contra las inclemencias del medio ambiente. Pues contra la fuerza de este argumento invocó la selección sexual o deseo de ornamentación: el vello que cubre el cuerpo del mono es verdaderamente muy feo; el deseo de aparecer tan feo determinó, pues, la pérdida del tegumento peludo; y disertando sobre la tal selección sexual o deseo de ornamentación hace el filósofo Ceferino González una observación tan juiciosa, tan angustiosa, con la cual pone tan al desnudo la nonada del principio darwinista de la selección sexual, que me parece conveniente comen-

tarlo para que se vea con argumento verdaderamente positivo la falsedad que encierra.

Todos conocéis el pavo real, y admiráis esa rueda tan vistosa que describe Fray Luis de Granada cuando dice que "siempre nos holgamos de verla y de sentir la ufanía con que el animal extiende aquellas plumas preciándose de su gentileza y haciendo esta demostración de ella". Se pregunta: ¿De dónde sacó el pavo tanta gentileza y hermosura? De la selección sexual, nos dirán el naturalista inglés y su escuela. Perfectamente. Todos, sin embargo, habéis observado que sólo el pavo macho posee esa gloriosa pompa de colores, sin más objeto, se dirá, siguiendo la llamada ley de la selección sexual, que el deseo de agradar, de parecer bien a la hembra. ¿Y la pava? ¿Por qué carece la pava de todo ello? ¿No hemos de suponer también, no es más natural en la pava el deseo de agradar al pavo? ¿O la coquetería femenina es la única pasión no derivada por evolución de los sentimientos de los animales?

Con todo lo que ya habéis oído podéis formar una opinión exacta de la lógica tan poco positiva en que descansa todo el edificio positivista; pero no quiero terminar sin antes mostrar los procedimientos de otro corifeo del sistema.

Haeckel sin duda alguna ha comprendido los grandes vacíos de Darwin, y exagerando la evolución desde sus comienzos, hasta el punto de infundir terror a su maestro por su audacia, como aquél le escribe, y bregando por dar un quicio aparentemente sólido a las teorías, imaginó el batibio y la mónera, sustancias minerales y dotadas de vida a un mismo tiempo, origen de todos los seres, incluso los humanos. La vida en ellos se originó por autogonía, o en otros términos, por generación propia o espontánea. ¿Las pruebas? Las muy positivas de que así lo imaginó Haeckel.

Huxley salió luego con la estupenda nueva de haber encontrado en el fondo del océano el primer germen de la vida visto y descrito por la imaginación de Haeckel, a profundidad de cuatro mil a ocho mil metros, y le dio el nombre de *Bathybius Haeckelii*. Sometido a prueba el descubrimiento se encontró que el tal batibio era una falsificación, un producto artificial sacado del agua marina precipitando yeso con alcohol, y naturalmente, sin el más leve vestigio de vida.

Pero Haeckel, al lado de su clara percepción de la necesidad de apoyar las teorías en hechos positivos, tiene una cualidad que no poseía Darwin: Haeckel es fraudulento, y bien conocida es la cantidad de fotografías que ha presentado para enseñar formas y modificaciones que sólo en su mente existieron, fraudes que se ha visto forzado a admitir, y justificar con la *positiva* explicación de que las necesitaba para establecer los fundamentos de sus aserciones.

He aquí al desnudo en sus bases lo profundamente viciosa de la ciencia positiva y de la lógica de sus procedimientos, vicios que se agigantan a cada paso que da.

Del principio fundamental del conocimiento que enuncié casi al comenzar esta conferencia, ¿qué ciencia podía surgir? Si no es posible en nuestra mente otra cosa que representación material, cómo vamos a fundar ciencia alguna, siendo así que toda ciencia versa sobre lo verdaderamente universal, incluye leyes y principios generales y deduce precisamente consecuencias generales, en donde falta toda limitación material, como lo es la representación imaginativa?

La experiencia, cuando cumple las leyes de la lógica, la experiencia en manos de Aristóteles y Tomás de Aquino lleva con paso seguro a la verdad. No la veréis entonces por las regiones del capricho, sino obser-

var sus propios fueros y servir de base a la inducción para los fines de la ciencia; pero ella sola no basta para construir el edificio científico, pues es indispensable la deducción, el silogismo por excelencia; y esto es elemental, ya que el espíritu mismo lleva instintivamente a tales procedimientos, por lo que naturalmente y sin sentirlo se muestra inconsecuente el positivismo; empírico y experimental en teoría; imaginativo y dogmático en la práctica.

Nuestros conocimientos, nuestras sensaciones, si hemos de dar oídos a todos los que se fundan en los anteriores principios, no son más que sensaciones y conocimientos evolucionados desde los seres más inferiores hasta nosotros. Lo que hay en nuestro redor y lo que tenemos en nuestro sér, todo es materia; materia es nuestra conciencia, materia nuestras voliciones, material lo que llamamos alma; no importa cuán asombroso nos parezca el proceso generador de la idea, no por eso debemos concluir que hay en nosotros un espíritu inmortal. ¡Ah, si los sistemas de moral y de derecho que de esto se derivan se pusieran en práctica, qué yermo tan desolado, qué páramo tan frío sería el mundo!

Estas teorías, que hoy más que nunca están sometidas a viva contradicción científica en el viejo mundo, jóvenes de la Asociación La Salle, vuelan a diario entre nosotros y se nos presentan como el engendro más moderno y la última expresión de la ciencia. No todos están capacitados para mirar sus puntos mortalmente vulnerables; hay más, las debilidades, las complacencias de muchos que debían ser los primeros en atacarlas y estigmatizarlas en nombre de la verdad, sirven maravillosamente para la tarea de la malsana propaganda. Vosotros estáis llamados a una obra muy grande de regeneración social: ya la habéis comenzado: seguidla con más tesón todavía. Instituid series de conferencias científicas y literarias que hagan de vuestro centro una academia viva de filosofía y letras. Yo os acabo de dar un ejemplo de lo que se puede hacer: conferencias, conversaciones sencillas de propaganda, para las cuales no se necesita profunda preparación, en las cuales se dé a conocer al enemigo, se estudien sus fortalezas, se escudriñen sus madrigueras, para poder derribar esos muros y atacarlo y vencerlo hasta en sus últimos atrincheramientos.

Los recuerdos de la infancia

Cuán gratos los recuerdos de la infancia,
Los recuerdos queridos del hogar,
Que no pueden ni tiempo, ni distancia,
De la mente del hombre desterrar.

Cuán bella la niñez con las canciones
De una madre pletórica de amor;
Sin llantos, sin desvelos, sin pasiones,
Sin sentir las punzadas del dolor.

Cuán risueña la vida bajo el techo
Que nos ofrece bendición y paz,
Con santas ilusiones en el pecho
Con huellas del candor sobre la faz.

¡Oh tiempos que pasasteis tan veloces,
Oh tierra legendaria do nací!
Dejad que torne a saborear los goces
De la dulce inocencia que perdí.

Dejad que vuelvan los sentidos cuentos
En los cuales yo tuve tanta fe,
Que de nuevo resuenen los acentos
De aquellas avecillas que imité.

¡Oh torres donde el alma en sus albores
Encontró la primera inspiración!
Dejad que vuestros sonos voladores,
Me arrullen otra vez con su canción.

Yo quisiera de nuevo las montañas
Que fueron mi constante devoción;
Los arroyos, los prados, las cabañas,
Embeleso del tierno corazón.

Surgieran de la tierra aquellas ruinas
Condenadas por siempre a sollozar,
Do anidaban las tiernas golondrinas
Que me enseñaron el sincero amar.

Si entre nubes más blancas que el armiño
Surgiera el sol que del hogar miré;
Porque el sol contemplado por el niño
Es muy distinto del que el hombre ve.

Quisiera la piedad que se albergaba
En mi pecho de niño, todo luz;
La sencilla piedad con que rezaba
De rodillas delante de la Cruz.

¡Oh tiempos que pasasteis tan veloces,
Oh tierra legendaria do nací!
Dejad que torne a saborear los goces
De la dulce inocencia que perdí.

ISAAC J. FÁBREGA.

"La Civilización Moderna y la Verdadera Felicidad."

CONFERENCIA DESARROLLADA POR EL SOCIO HONORARIO DOCTOR EUGENIO LUTZ, EL 20 DE DICIEMBRE, EN EL SALON DE SESIONES DE LA ASOCIACIÓN LA SALLE.

(Continuación.)

¿De qué índole son los característicos representantes de la cultura moderna antirreligiosa?

En primer lugar tenemos que mencionar *el superhombre moderno*, el individuo que no reconoce ninguna ley sobrenatural. El superhombre

moderno, negando a Dios, se siente autónomo; su ideal es la deificación del propio yo, la idolatría personal. Oigamos lo que nos dice a nosotros, los pobres creyentes:

«Podéis sentaros en la gloria al lado del Salvador, para contemplar a Dios, que se os descubre; a los poetas les basta una felicidad menor: pasar por la Tierra, considerándose felices si pueden llegar sus nombres a la posteridad en los labios del pueblo». San Agustín (Civ. Del lib. XIV. Cap. 29) dice: «Están en presencia dos reinos, fundado el uno en el amor propio, y el otro en el amor de Dios.

La negación de todo sér supremo y luego del orden moral impuesto por él conduce con inexorable consecuencia al orgullo y éste al egoísmo y a la envidia. El superhombre moderno, por tanto, es ciego ante sus propios defectos, no piensa más que en su propio bienestar, olvidando por completo el de sus semejantes; para ellos tan sólo tiene consideración cuando rinden tributo a sus *imaginados* altos quilates o le aportan alguna utilidad tangible.

El orgullo tiene por consecuencia una lamentable superioridad, el charlatanismo, la palabrería, la exhibición de flaquezas intelectuales y morales que ante el mundo sensato y serio preparan humillaciones y derrotas. En su orgullo y egoísmo pierde el superhombre el gobierno sobre sus malas inclinaciones, porque, por juzgarse libre de todo pecado hereditario, independiente y autónomo, no se confiesa tenerlas, y, por consiguiente, no reacciona contra ellas, trocándose en una veleta de sus caprichos y deseos. Así lo que primero sólo es pecado accidental, se convierte en arraigada costumbre, en hábito permanente. En su ciega vanidad no quiere creer en su derrota moral aunque tal vez la sienta por la voz clara de su conciencia o por el dolor físico que casi siempre lleva consigo la aberración del camino recto señalado por la Providencia. Para tranquilizar su conciencia cargada se engaña a sí mismo con disculpas y sofismas que no resisten el frío análisis, inventa nuevas máximas de pensar y de vivir y acomete furibundo a los crédulos, cuyos ideales y prácticas religiosas para él constituyen la más viva acusación, el más temible anatema. Lo malo ha de producir lo malo. Nace una nueva filosofía que por supuesto, por carecer de una base firme y sólida, lleva la confusión a las mentes y la desmoralización a los corazones. Para hacer atractiva esa filosofía, se esconde el verdadero sentido de las palabras y frases bajo el aparatoso velo de términos ambiguos y enigmáticos tomados de los idiomas clásicos antiguos. El incauto cegado por el atrevido lenguaje que halaga sus pasiones, y por la deficiencia de su educación, cae en la red y se convierte en propagador más o menos consciente de la nueva sabiduría. Así el infeliz engañado a costa de su bienestar va a engrosar las filas de esos científicos modernos hasta que un día en un momento de seria meditación y recogimiento interior resulta terriblemente desengañado, reconociendo lo vanidoso y lo falso de la causa a la cual se ha adherido.

De qué armas y medios polémicos se sirve el superhombre moderno para combatir los que suele llamar reaccionarios, y para ganar nuevos adeptos?

No tratándose para él, en primer lugar, de servir a la verdad y a la justicia, sino de establecer una opinión, una teoría que cuadre con su orgullo y justifique su modo de vivir y de pensar; se esfuerza en descubrir, a todo trance, lagunas y deficiencias en las convicciones contrarias ajenas, ignorando y suprimiendo intencionalmente todo lo bueno y meritorio que ellas en sí encierran; en su ciego fanatismo de aniquilar la positiva religión, y en particular el catolicismo, que por sus normas

y exigencias más le repugna, no siente vergüenza de falsificar, de torcer los hechos y de copiar cualquier plagiador oscuro. Y eso se llama entonces pomposamente libre pensamiento y libre investigación. Lección son los libros y folletos que denuncian la inaudita ligereza e ignominia de sus autores. Es un signo de nuestro tiempo moderno que en los grandes centros de cultura se ha procedido a fundar agencias con el único fin defensivo de desenmascarar y refutar falsificaciones literarias y periodísticas que van contra la positiva religión y los que la enseñan, profesan y practican. Esas agencias, en gran provecho de la sana moral, trabajan con asombrosa actividad y ponen de manifiesto la corrupción que se ha apoderado de esos pseudo-civilizados que viven de la calumnia y del escándalo. Podría agregar aquí algunas experiencias que he hecho en mi trato con los propagandistas de la hipercultura moderna; siento no poder entrar en detalles por el poco tiempo disponible; sólo quiero advertir que en discusiones y polémicas habidas con adversarios he tenido amplia oportunidad de convencerme de los grandes prejuicios y de la superficialidad de argumentación que caracterizan la mayoría de los enemigos de nuestra fe.

Un segundo representante de la civilización moderna es *el hombre indiferente* en asuntos religiosos, el hombre que, hay que confesarlo, no daña directamente la causa de Cristo, pero que sin embargo merece grave censura, porque, despertado de su indiferencia, podría ser un miembro activo y útil de la sociedad. El indiferentismo es una enfermedad mental que deshonra al hombre educado. El no interesarse nada por las cuestiones más trascendentales de la vida, el tan sólo sumergirse en los quehaceres y negocios diarios, por cierto, prueba gran estrechez de espíritu y muy poco sentido por lo varonil. Quiera o no, un día, tal vez al expirar su postrer suspiro, el hombre indiferente debe darse cuenta clara de la personalidad del Divino Redentor y de las enseñanzas que El nos ha depositado en el seno de su Iglesia. El no tolera que por propia culpa las ignoremos.

De qué felicidad puede gozar el indiferente pegado con toda las fases de su ser a los bienes materiales, si le falta, todo consuelo en las continuas peripecias de su vida profesional y privada, cuando ve frustradas sus mayores esperanzas, perdida su fortuna, fracasados sus negocios, arruinada su salud. Qué más le queda que la desesperación que a menudo termina en el suicidio?

Un tercer representante de la civilización moderna que por sus condiciones de vida más merece nuestra misericordia es el hombre del pueblo, *el obrero* que, seducido por sus viles agitadores, ha perdido su fe y con ella todos sus recursos morales. Para él la vida es esclavitud, la envidia y el odio le devoran. Se ve desterrado de la patria de la felicidad. Sobre sus labios, que tal vez en la niñez bajo los tiernos cuidados de una piadosa madre pronunciaban el Padre Nuestro y el Ave María, se deslizan las más aterradoras maldiciones y blasfemias. De su lamentable destino es responsable el superhombre moderno que con desprecio mira al pobre de las capas sociales inferiores y le considera como objeto de explotación. De estos superhombres precisamente recibieron sus ideas destructoras los agitadores, los caudillos socialistas, las ideas con las que, ante los ojos del obrero, lograron destruir a Dios y echar a tierra sus instituciones. Responsable de la miseria obrera es también el hombre indiferente, porque deja de dar un buen ejemplo a las gentes que le rodean, y de hacerles cariñosas amonestaciones.

(Continuará).

VARIEDADES.

DE CONFORMIDAD con los Estatutos, el último domingo de Enero se efectuó en la Asociación La Salle la elección de dignatarios para el nuevo período, que comenzará en Mayo. Resultaron electos los siguientes socios:

Tomás Guardia G.—Presidente;—Luciano R. Föster,—Vicepresidente;—Juan A. Susto,—Secretario;—J. A. Vega,—Subsecretario;—Aristides Béliz,—Tesorero;—Angel R. Blanco,—Vocal;—Santiago Avila,—Bibliotecario;—Constantino Montero,—Fiscal;—Justo Carrasquilla M,—Director del Boletín;—Víctor Ingram,—Administrador del Boletín.

FUE MUY CONCURRIDA la sesión solemne con que clasuró las labores del año escolar el Hospicio de Huérfanos, dirigido por los Reverendos Padres Salesianos.—Repetidos aplausos merecieron los diferentes números del programa, en el que figuró un elocuente discurso de nuestro correligionario Dr. Julio Fábrega.

De modo particular nos llamó la atención la exposición de trabajos de los talleres de Zapatería, Sastrería, Imprenta y Encuadernación, Ebanistería, Mecánica y Fundición; trabajos que revelan lo mucho que se interesa el personal del Establecimiento por la buena marcha de éste, cuyo fin es hacer de los niños desheredados de la fortuna, hombres temerosos de Dios y útiles a la sociedad y a la Patria.

EL DÍA 5 recibieron la bendición nupcial en la Iglesia de Nuestra Señora de Las Mercedes Dn. Leonidas Aragón, Fiscal de la Asociación La Salle, y la virtuosa Señorita Clotilde Pino.—Hacemos votos por la no interrumpida felicidad del nuevo hogar, al que vivifican los sentimientos cristianos de los contrayentes.

Y SE DESATÓ *Junius* contra los Hermanos Cristianos y contra todo lo que huele a catolicismo. El artículo denuncia en su autor un estado de desesperación alarmante. Verdaderamente no merece contestación, ni creemos que el Gobierno aceptará consejeros co-*Junius*.

A nosotros se nos ocurre preguntar: ¿en qué escuela del país han sido sustituidos con ventaja los Hermanos Cristianos? ¿Será en la de David?

SALUDAMOS muy atentamente a los miembros de la 2ª Asamblea Pedagógica, actualmente reunida, y les deseamos todo acierto en sus deliberaciones.

DESPUÉS de los exámenes reglamentarios, la noche del 6 se hizo la distribución de diplomas en el Colegio de La Salle, que cada día hace nuevos progresos, y cuyos alumnos al finalizar el año ascendían en número a cuatrocientos.—Muchos padres de familia y amigos del Colegio asistieron a la velada, que fue presidida por el Ilustrísimo Señor Obispo de la Diócesis.—Varios de los jóvenes graduados hicieron uso de la palabra, únos en prosa y ótros en versos de su propia cosecha. El discurso de nuestro socio honorario Don Samuel Lewis y el Himno Nacional clausuraron el acto.

La labor silenciosa, pero fecunda, de los Hermanos Cristianos es digna del reconocimiento del país. Para ellos y para los jóvenes graduados nuestras sinceras felicitaciones.

EN LOS primeros días del mes terminaron las tareas en las Escuelas de la República. Comienza el período de vacaciones, que deseamos muy feliz tanto para el profesorado como para los alumnos.

ENTRETENIMIENTOS

T
B O A
B A R B O
T O R T O L A
A B O N A
O L A
A

Respuesta a la pregunta 1ª del número 18.

Respuestas a las preguntas del número 20

1º

G
M A R
P I N A R
M I L I T A R
G A N I M E D E S
R A T E R O S
R A D O M
R E S
S

Solucionistas.—Juan Vega C., Miguel Félez, M. J. Cucalón, J. M. Grimaldo, Julio Jiménez, R. E. Maduro, Augusto J. Vega, T. Guardia, A. Sucre, R. A. Henríquez, A. Susto, G. Maduro.

2º Las dimensiones del rectángulo son 12 y 20—Solucionistas:—Juan Vega, M. Tapia, M. Félez, M. J. Cucalón, J. M. Grimaldo, Augusto J. Vega, G. Maduro, Armando Lescure; E. Maduro.

3º La fecha es el año 1506. Solucionistas: Juan Vega, M. Félez, M. J. Cucalón, G. Maduro, Augusto J. Vega, Armando Lescure, E. Maduro.

Entretenimientos propuestos para este mes:

1º . . . Uno reptil y dos metal.
. . . En Israel, Juez inmortal.

2º Compré por \$ 60 de tela; al pagar c metro \$ 1 menos hubiera recibido 3 metros más, por los \$ 60—¿Cuántos metros de tela compré?

3º Encontrar el número de dos cifras, que sea igual al doble producto de sus cifras.

Se ignora el precio.

De la primera comunión.
De la sonrisa primera de un niño,
De una mujer que no ha bailado nunca.
De un hombre que reza el rosario.
De un consejo oportuno para el prójimo.
De las lágrimas de una madre.
De la corrección de un padre prudente.

(Revista Católica.)

COLEGIO "LA SALLE"

I NOTAS DEL AÑO. II EXÁMENES DE FIN DE CURSO.

1º AÑO PREPARATORIO.

- I D. Ramírez, J. Alió, E. Sotillo, J. Champsaur, V. Ramírez.
 II H. Chandeck, J. Alió, J. Chapmann, A. Lince, J. Champsaur.

2º AÑO PREPARATORIO.

- I G. Sosa, A. Gordón, M. de Diego, F. Pimentel, N. Aguilar.
 II C. Romeo, G. Sosa, N. Aguilar, M. de Diego, T. Page.

1º AÑO ELEMENTAL (A.)

- I E. Durling, R. de Diego, E. Vallarino, J. Beltrán, E. Benedetti.
 II E. Durling, E. Vallarino, O. Pérez, R. de Diego, M. Villarreal.

1º AÑO ELEMENTAL (B.)

- I J. A. Farré, M. Muñoz, E. Chandeck, J. Papi, J. A. Ramos.
 II M. Muñoz, E. Lefevre, J. A. Farré, F. Champsaur, G. Matus, M. García.

2º AÑO ELEMENTAL (A.)

- I P. Gambotti, T. Ford, D. Méndez, V. Avila, R. Tearon.
 II P. Gambotti, V. Avila, M. J. Castillo, L. Paredes, T. Ford.

2º AÑO ELEMENTAL (B.)

- I A. Donderis, K. Ford, A. Noguera, C. Jované, P. Tapia.
 II A. Donderis, K. Ford, A. Noguera, C. Jované, P. Tapia.

3º AÑO ELEMENTAL.

- I J. Morán, A. Bernal, C. Miró, R. Jiménez, F. Chóng.
 II R. Jimenez, C. Miró, A. Bernal, R. García de Paredes, J. Morán.

1º AÑO SEGUNDARIO.

- I J. Alió, R. Alvarez, A. Lescure, L. Paredes, M. Aguilera.
 II C. E. Arias, L. Paredes, A. Lescure, R. Alvarez, A. Sucre.

2º AÑO SEGUNDARIO.

- I R. Moreno, R. Marciacq, J. M. Jované, E. Linares, M. Félez.
 II J. M. Jované, E. Linares, R. Marciacq, R. Moreno, H. Fábrega.

3º AÑO SEGUNDARIO.

- I G. Vásquez, E. Maduro, T. Araúz, A. Vásquez, J. Fábrega, R. Orillac.
 II R. Orillac, E. Maduro, O. Vásquez, T. Araúz, A. Vasquez.

4º AÑO SEGUNDARIO.

- I. C. Roquebert, J. M. Grimaldo, R. A. Henríquez, J. A. Susto, R. Jaén.
 II J. M. Grimaldo, C. Roquebert, J. A. Susto, R. Jaén, R. A. Henríquez.